

Poco después de que los franceses hubieran vuelto a abandonar el territorio sujeto a sanciones y estuviesen de nuevo tras las antiguas líneas de ocupación, un tal barón von Klingen, un hacendado que regresaba junto a su mujer y a su hija a sus propiedades abandonadas precipitadamente, descubrió, sobornando al servicio, una infidelidad por parte de la baronesa —considerablemente prolongada en el tiempo— con un oficial de los abigarrados *freikorps* alemanes allí asentados, el capitán Konstantin von Schenius, natural de Livland, y de inmediato inició los trámites del divorcio. Las conversaciones con la familia de la esposa —con el único hermano de esta, Moritz Luttring-Altmanstetten, hacendado en la frontera de Baden-Wurtemberg, señor de mayorazgo y fideicomiso— se desarrollaron en términos de notable y recíproca deferencia, pues ya no existían susceptibilidades; y gracias además a la intervención, serena y reflexiva para con la naturaleza humana, de la esposa de Moritz —la baronesa Tina, distinguida a partes iguales por su hermosura, su inteligencia y su bondad, y nacida von Scultetus en el Alto Hesse—, tales conversaciones condujeron rápidamente al único final posible, esto es, a la renuncia de Klingen a su hija. La pareja tenía prisa por deshacerse el uno del otro. Klingen, que se había despo-

sado a desgana con Steffi Luttring, una heredera de apenas veinte años, y que pronto había pasado a vivir en absoluta indiferencia con esa mujer rubia, fresca y cándida, deportista pese a su forma algo descuidada, había avanzado ya en los preámbulos de otra historia, y estaba en secreto preparado para soltar lastre en pos de ganar tiempo. La esposa, que se había derrumbado brevemente tras destaparse el *affaire* y después, ante la perspectiva certera de la liberación, se había mostrado el doble de altanera en su pasión inconsciente, no veía ni oía nada para sí más allá de la futura unión con el hombre amado. El hecho de que la ausencia de Konstantin en su lejana tierra natal —por asuntos familiares, según se decía— hubiese evitado una disputa de honor y de que se siguiera eludiendo el conflicto personal lo vio Steffi como un feliz augurio. De su propia familia, a cuyo seno regresó de inmediato, y especialmente de su muy amada madrastra, la baronesa Eugenie, viuda de apenas cincuenta años de edad, no esperaba la joven reproches, ni tampoco consejos a favor o en contra, sino tan solo formas de atravesar las dificultades, que habían de desaparecer con solo una palabra. Así pues, un tormentoso día de marzo, Steffi recibió gratamente los documentos lacrados por el tribunal que la absolvían, declarándola culpable solo entre líneas, y que apretó contra su pecho mientras bailaba en su antigua habitación de niña en Rottgaden: la escritura de donación de una nueva vida.

Que la vida no nos regala nada, y que sus dotes perennes no atraviesan el umbral de nuestra puerta con señales tan equívocas, era algo que la señora de la casa sabía con bastante certeza en su viudez en Rottgaden,

pero Eugenie consideró suficiente dejar caer una o dos gotas del amargor de la experiencia sobre aquella impetuosa felicidad. El amor le resultaba más obvio; la indulgencia le era algo natural, ya que se había educado en la aquiescencia durante quince años. Como dama de la corte se había habituado a tener los ojos bien abiertos, hasta que Alfred Luttring, con cincuenta años ya cumplidos y, aun así, un optimista esperanzado, apartándola de la duquesa que la tenía empleada y llevándosela en el galope de su último frenesí vital, la había obligado a cerrar de nuevo esos ojos que se habían hecho tan sabios. Después de haber visto derrumbarse y precipitarse aquello que había compartido con todos y que con todos perdió, Eugenie se había acostumbrado, sin especial disgusto, a considerar cosa muy aceptable el mal menor, y a atribuirle casi por completo el papel de la felicidad sobre la Tierra. De ahí que se mostrase incluso proclive en parte a concertar el miserable matrimonio con Klingen.

En su momento, este no le había parecido un candidato conveniente. La suya era una personalidad de sombras intensas: los cuerpos de brigada y regimiento más bien cargaban con él, y en clubes, sociedades y salones de hoteles se hablaba de ese hombre sin atractivos, y quizá sin justicia, pues tampoco era alguien que despertase ningún interés por hacerse una idea preclara sobre su persona. Con respecto al agravio cometido por Steffi, la conciencia de Eugenie, nada acorde a los tiempos, se había expresado claramente mediante el silencio, pero no había logrado salir a la luz bajo todas las capas de filantropía, convención, amor y humildad. El descubrimiento fue

desagradable, el divorcio era de recibo; las formas resultaron dolorosas. Steffi tenía ciertas evidencias de que, desde un principio, Klengen no le había sido en exceso fiel, y hubiera podido reclamar una manutención, o al menos se habría podido fijar un derecho de propiedad para ella, hasta que las propiedades, totalmente arruinadas, permitiesen algún día liquidar esa manutención. Para una mujer como Eugenie, firme en las cuestiones mundanas, arrojar por la borda imprudentemente un futuro así era un motivo de angustia, y habría visto con ojos más relajados el nuevo enlace —que no le gustaba y, aun así, debía desear— si Steffi hubiese rescatado de las ruinas de su matrimonio, como previsión de rentas al menos, lo que ella había aportado y Klengen había malgastado.

Traducida al lenguaje de los hombres, esta fue también la opinión velada de su hijastro cuando, sentados ante un café después del almuerzo en el comedor de la casa señorial de Altmannstetten —una propiedad que había llegado a la familia de la mano de Tina—, en ausencia de Steffi —que había viajado a la ciudad para reunirse con su abogado—, y por encima de las cabezas rizadas de los tres floridos hijos de Tina —que esta última y la madrastra se pasaban la una a la otra, evitándolos—, Eugenie hubo pronunciado su alegato a favor de Steffi.

—Tiene toda la razón, madre —dijo Moritz Luttring, con su voz alta y resonante, algo seca y cohibida—, pero yo no soy así, no lo concibo. Nunca he vivido una historia tan desesperanzada. En primer lugar, haberse casado con alguien como Bruno Klengen...

La madre, mientras evitaba la caída del más pe-

queño de los hijos de Tina, intervino entonces:

—Pero ¿quién se comportó de manera absurda ante las pertenencias del otro? ¿Steffi o Klingen? ¿Y quién fue el primero en tratar de repente el deseo cumplido como una situación trivial, ella o él? ¿Y quién ha sido el hombre de los dos, y ha demostrado tener experiencia?

—Bueno, cierto —continuó Moritz—, aunque si se me permite terminar... Vale, admito el escándalo, el adulterio, el divorcio, un amante, ¿y qué? Después de todo, vivimos en el mundo, ¿y qué clase de mundo es este? Si se me permite preguntarlo. Mire a su alrededor, madre, y tendrá la respuesta usted misma. ¿Oye a alguien hablar del futuro como si de un regalo de cumpleaños se tratase? Porque yo no. Y no es que sea un pesimista —dejando a un lado, en lo que a mí concierne, a esos infames mentecatos a quienes les encanta llamarme tal cosa—. Sé que existe un futuro, incluso para nosotros.

—Me tranquiliza oír eso —dijo la madre, en tono suplicante.

—No suele hablar tan en serio —rio Tina.

Cogió la pitillera del bolsillo de su marido, y se encendió un cigarro con la lámpara de alcohol.

—Sin duda —respondió Moritz, mientras un rubor de vergüenza sobrevolaba su cabeza, franca y angulosa, un poco demasiado espigada—, pero, créame, ese futuro pertenecerá exclusivamente a quienes, en estos tiempos de terror, no se ponen a pensar en cambios, y encuentran llevadera cualquier situación susceptible de enmendarse. No son tiempos para emprender proyectos nuevos. No son tiempos para la «felicidad», sino,

si me permite suscribir como siempre sus palabras, madre, para «el mal menor». Unirse, resistir, sufrirse y soportarse mutuamente han de convertirse en una especie de religión para quien quiera salir adelante de alguna manera. Nada de esfuerzos inútiles que lo desvíen a uno del centro, nada de derrochar ni un pfennig, nada de desperdiciar ni un fósforo.

—Yo he usado la lámpara de alcohol —intervino Tina, cogiéndole la mano con un dedo que él besó—. Llevas razón en tu discurso, Mo, aunque también tú te desvías del centro.

—¿Por qué? —preguntó él, sosteniendo aún la mano que ella le había ofrecido—. Un matrimonio nuevo es un proyecto nuevo, y no tiene más que ofrecer, amén del agravio hacia todo el mundo. Quien hoy deshace viejos lazos por mor de la «felicidad» no tendrá a esta de su parte, de eso estoy convencido. Ya de por sí, y por... —se detuvo; parecía estar buscando unas palabras lo más objetivas posibles para definir la bendición de su vínculo con Tina— y por el curso de mi vida, no estoy ni mucho menos hecho para pensar en el matrimonio con displicencia, *cavalièrement*; por qué es necesario equilibrar un mal matrimonio con un buen adulterio es algo que nunca he comprendido, ni la vida me lo ha demostrado nunca. Siempre he visto que el mal matrimonio y el adulterio malo y desidioso van de la mano, y...

—Solo te falta el contrario —replicó Tina, riéndose—. El buen matrimonio y el adulterio bueno, también juntos. ¡Mo, por favor!

—Pues si quieres, también —dijo un Moritz Luttring vacilante—. Conozco un caso, e incluso

dos. Son menos habituales, porque el matrimonio bien avenido es, por desgracia, menos frecuente en general. Y ninguno de esos casos fue del gusto de nadie. Pero, si me permites seguir, no creo que el adulterio ideal haga de un mal matrimonio uno bien avenido. Me escama esa construcción, precisamente por lo lógica que parece. Creo en la profunda fragilidad humana, sin lógica, sin finalidad, y con una salida dudosa. Tal realidad cuenta con mi absoluta comprensión, como ser humano y como hombre. Pero, me vas a disculpar, no considero que sea un componente del futuro ni un elemento clave para la felicidad; si voy a tener que ser partícipe de unos planes así, y esos planes incumben a mi querida hermana pequeña, seré prosaico. Papá nos anticipó el romanticismo, como bien sabes. Al no poder seguir ya sus pasos, tendremos que adoptar los míos.

—Ojalá teorizasen siempre los hombres más prácticos —apuntó Tina, mientras reunía a su pequeña manada; tras darles un beso afectuoso a cada uno, los encomendó a su ama de cría de Schwalm, que entre tanto había llegado engalanada con lazos—. Cierre la puerta, Frieda, o Polly querrá entrar otra vez... Y bueno, de qué serviría que tuvieras razón, aunque con toda probabilidad la tengas. Nadie va a suponer que yo esté defendiendo el adulterio —continuó, con un ojo puesto en el marido y otro en la puerta, mientras Moritz se dirigía a la ventana para comprobar, innecesariamente, si estaba bien cerrada—, o que considere bueno el matrimonio y también bueno el adulterio. Yo no creo en el adulterio. El adulterio es una abstracción. Solo creo en casos, en mil casos concretos, todos dis-

tintos, ninguno reprobable del mismo modo que los demás, ninguno redimible como los demás. Nosotros, por ejemplo, estamos manteniendo una conversación general de lo más agradable, pero sin mencionar ni una palabra de lo que en verdad acontecerá aquí dentro de catorce días, cuando Konstantin Schenius venga, precisamente aquí, donde estamos resolviendo los enigmas del universo, para presentarse en la familia, por así decirlo, como futuro marido de Steffi. Madre...

—Cierto, Tiny —intervino Eugenie.

Usó el apelativo fijado para esa florida mujer, a la que le bastó apenas con ponerse en pie para encenderse el segundo cigarro sirviéndose del que fumaba el corpulento Luttring, apoyando ambas manos en los hombros de él. Al levantarse en ese momento se la vio más bien diminuta, con el pelo moreno, un moreno casi oscuro encima de un rostro femenino blanco y firme, con una mueca afectiva en torno a los ojos azul marino y la boca curvada, expresiva. Lucía una figura aún más esbelta de lo habitual, gracias al exiguo vestido de seda oscuro; una amazona de movimientos precisos y seguridad innata...

—Cierto —insistió la madre—, para eso precisamente he venido. No puedo entretener con promesas vanas a Steffi durante mucho tiempo más, hay que decidir algo hoy. Hay que decirle por fin algo definitivo...

—Tenemos que ayudarla —respondió Tina, escuetamente—, de eso es de lo único que se trata. Por favor, Moritz, querido, no te impacientes, e intenta adoptar mi punto de vista por una vez. Todo este asunto no me hace más feliz que a ti, créeme; por el contrario, y bien lo sabes tú, siempre hemos actuado

*d'accord*. Pero no somos los grandes inquisidores de Steffi ni sus jueces, somos sus hermanos. Por supuesto que un báltico como él, impetuoso y de apuesta figura no es el cuñado de mis sueños (no, madre, a decir verdad preferiría no ver la fotografía) ni una adquisición ideal para la familia, pero empieza a resultar aburrido lamentarse por ello. Una mujer pequeña y linda, moralmente vapuleada, con un marido como Bruno, que solo la ha atormentado y que reservaba su estima para las camareras (del resto, mejor no hablar), no estará esperando precisamente a un Bayard<sup>1</sup>, es evidente; demos gracias a Dios de que no es ninguna cara bonita del cine ni un literato... no hay que escandalizarse así, todo hubiera sido posible. Me parece, Moritz, que solo hubo momento para lamentos o protestas en un plano individual cuando se destapó la historia. La cuestión de arreglarlo y enderezarlo es un asunto puramente familiar; más allá de nuestros sentimientos personales, se trata de nuestro deber, en todos los sentidos, y de nuestra casa y del nombre de él... Por lo que a mí respecta, las mujeres, antes que nada, han de ayudarse entre ellas; todo lo demás viene luego, y en realidad ya no nos concierne.

—Bien —replicó Moritz, algo impaciente—. ¿Y cómo? Si es que puedo preguntarlo. ¡Una solución! No sabría decir de qué forma, en un plazo de catorce días, vamos a poder dejar esa solución en la habitación de invitados, junto a la jarra de agua y al correo. ¡Ayudar! ¿Solo se puede ayudar de esta manera? ¿Y cómo ha-

<sup>1</sup> Pierre du Terrail Bayard (1476-1524), capitán francés, «caballero sin miedo y sin mácula». (*Todas las notas son de la traductora*).